

## El artista de espaldas al espejo

### Marco Antonio de la Parra

Dramaturgo

**H**acer corta una historia larga. Es bueno que sea larga. De seo que lo siga siendo. Fui espectador de teatro primero, que es siempre lo primero que se es. Algún teatrista padre, encima, solía darnos duras y largas sesiones de cine donde siempre pero siempre me gustaban los muñecos de animación cuadro a cuadro que es, al final, el teatro (el actor como marioneta). Ví comedias de la Silvia Piñeiro, Lucho Córdoba, Américo Vargas. Cinco radioteatros a la semana por lo menos. Eso me hizo adicto al teatro. Leía en exceso y mi cuerpo era absurdamente delgado. Hoy tengo un sobrepeso que me ha destruido las rodillas. Conservo la voz pero sin entrenamiento. Lo digo porque todo actor es dramaturgo y viceversa. Y los directores y los escenógrafos y hasta el público. Y, por supuesto, el dramaturgo quien, además, hoy, tiene la ventaja de hacer una escritura teatral tan desafiadamente libre que puede pa-

recer hasta otra cosa. ¿Poesía? ¿Ensayos de un demente? ¿Evangelios psicóticos?

Estudí Medicina pero quería ser director de cine como Glauber Rocha o Jean Luc Godard o escritor del boom. En el Instituto Nacional había participado con éxito en grupos de teatro. Cositas de Dragún. Chéjov, los toqueteos con Ionesco. Eran años difíciles para un joven con cierta sensibilidad. Salían frescos los Beatles, García Márquez publicaba *Cien años de soledad* en primera edición y Samuel Beckett se ganaba el Premio Nobel de Literatura. *Marat Sade* con Tennyson Ferrada y Franklin Caicedo en el Antonio Varas. Mucho, para cualquiera. La Revolución Cubana, la Reforma Agraria, todo eso. Duro, fuerte, cruel incluso. Egon Wolf en gloria y majestad. **Nos tomamos la universidad de Sergio Vodanovic** estrenado a poco de que se hubieran tomado la Universidad Católica y pusieran ese lienzo glo-



**La secreta obscenidad de cada día.** Nuevo Grupo, 1987. Julio Jung y José Soza.

rioso nunca desmentido y tristemente derrotado: *El Mercurio miente*.

El teatro me salía fácil. Quise ser bailarín de comedia musical, canté en una especie de cabaret en la Escuela de Medicina, contaba chistes. Vino el Golpe Militar y formamos un grupo de teatro que montó *Quiebreespejos*; un musical que hasta hoy, 27 años después, se sigue dando ritualmente, transmitido por tradición oral. Hicimos mucho teatro en esos tiempos, no sé para qué, no sé para quién. Nunca para ganarnos la vida, más bien para correr riesgos. Quizás para rescatar el sentido de la vida que seguramente sea lo que me ha vuelto compulsivo en toda mi escritura, desde la exhibicionista pequeño burguesa hasta la declamatoria denunciante y desquiciada. Digamos que hubo un instante, yo calculo que fue después de todos los líos con *Lo crudo, lo cocido, lo podrido* (ya suficientemente descritos) que descubrí que podía escupir fuego de la boca.

Esos años fueron dolorosos y tremendos. Los trabajos de David Benavente y el ICTUS, los aportes de Juan Radrigán, la marginalidad de Gregory Cohen y su ingenio indomable. Después llegó Griffero y yo ya había hecho *La secreta obscenidad de cada día* con León Cohen y descubría

que vendría un teatro poderoso como un cabaret, otra vez, pero con textos arrancados de la cabeza de siglos de pensamiento y el humor más silvestre. Montar *El deseo de toda ciudadana* con Ramón Griffero en el ICTUS, con Alex Zisis y Elsa Poblete en enero de 1987, cuando todo el mundo se preguntaba cómo se nos ocurría esa fecha donde nadie iba a ver nada, creo que fue un hito. Yo hacía *La secreta...* en Madrid simultáneamente y comenzaba la gira que jamás se detuvo de un texto que Julio Jung llevó a su máxima difusión mundial. Después el éxito desmesurado de *Infieles* donde tuve que dirigir y mi freno posterior, típico mío cuando las cosas van tan rápido en el arte y yo no estaba preparado aún. Pudimos haber fundado un grupo de trabajo sólido y serio con el Teatro de la Pasión Inextinguible, pero mis ideas ni yo mismo me las creía.

España me cambió la escritura, me deprimió y me alegró, me hizo releerme en un ciclo que sólo se cierra ahora. Supongo que pasó con todo Chile. La generación de nuevos directores,

**Ofelia o la madre muerta.** Teatro Nacional, 1995. Tichi Lobos, Gaby Hernández y Roberto Navarrete.

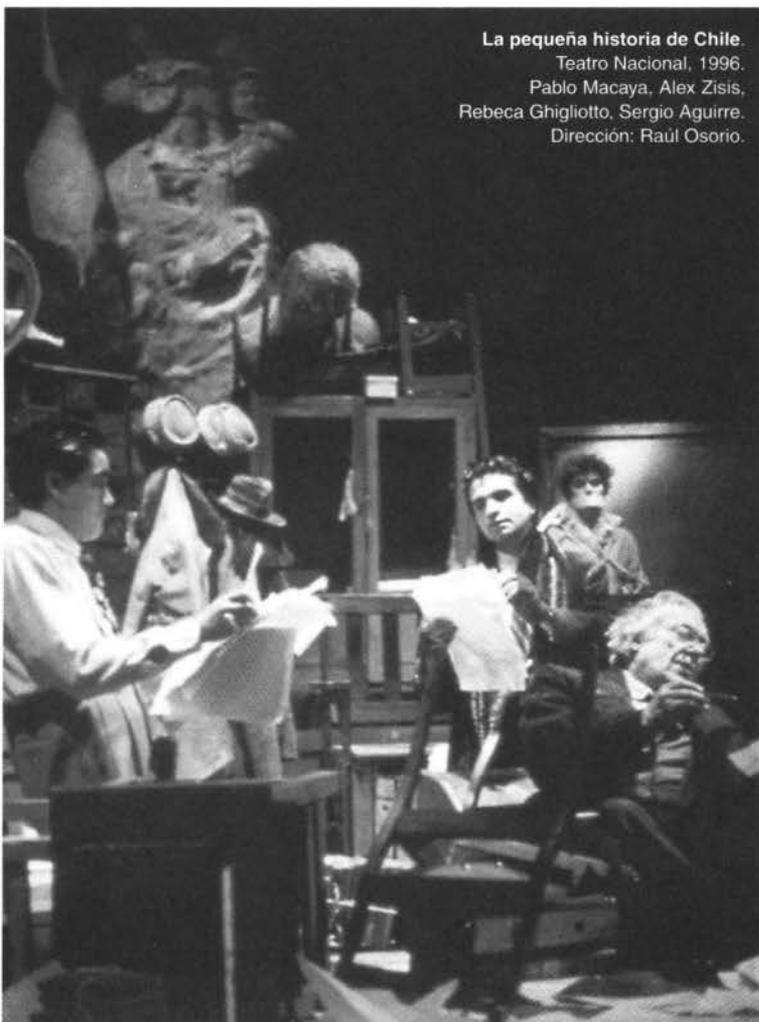


Andrés Pérez, Mauricio Celedón, Alfredo Castro, Rodrigo Pérez, cambió la dramaturgia nacional. Directa o indirectamente el peso que tiene en Occidente la producción alemana y francesa se dejó caer sobre la escritura. Todo el mundo post Koltés y post Heiner Müller. Obras estrenadas aquí y allá hasta perder la cuenta. Bellos trabajos, como la impresionante **La pequeña historia de Chile** que montó Raúl Osorio en el Teatro Nacional de Chile, una de mis piezas favoritas, la desgarradora versión de Viviana Steiner y Rodrigo Marquet para **La puta madre** en la Muestra de Dramaturgia de 1998 y luego **Dios ha muerto** con Luis Ureta, donde descubrí que a veces el ensayo sin técnica tiene una belleza que oculta afinar los detalles. Inolvidables funciones en viajes: Anatoly Vasiliév, Peter Brook, Steven Berkoff, el teatro Kabuki. Doloroso y sutil fue la labor última del grupo base del Teatro de la Pasión Inextinguible con Alex Zisis, Coca Guazinni, Paulina Urrutia Y Erto Pantoja que dio luz a **El continente negro**, una dirección magistral de Paulina García. Ví toda las posibilidades de un teatro menor, un sub Chéjov, una palabra absolutamente elusiva, elíptica, la humanidad de un actor sin más espectacularidad que un gesto trivial. Relectura endemoniada de Chéjov y Carver. Vueltas, en ires y venires, a la épica, con mis aficiones griegas y también Brecht y el Shakespeare cruzado con la novela policial.

A esas alturas, he guiado muchos talleres de investigación dramática, he convertido la docencia nada más que en algo aparente bajo lo cual escondo mis búsquedas de una dramaturgia que reciba todo el peso de la tradición que estalló y se recicló en el siglo XX: la relación entre la palabra y el cuerpo que es el cruce entre el tiempo y el es-



**El deseo de toda ciudadana.** Alex Zisis y Coca Guazzini. 1987.  
Dirección: Ramón Griffiero.



**La pequeña historia de Chile.**  
Teatro Nacional, 1996.  
Pablo Macaya, Alex Zisis,  
Rebeca Ghigliotto, Sergio Aguirre.  
Dirección: Raúl Osorio.

**El continente negro.** Erto Pantoja, Coca Guazzini, Paulina Urrutia, Alex Zisis. 1994. Dirección: Paulina García.

pacio que es, al fin, el mito puesto en escena. Es decir, la memoria al filo del olvido. La conjura de la muerte, la pregunta sobre el mal, un intento de rendición y de ir más allá de lo que nuestra limitada razón puede.

EL trabajo con Nieves Olcoz, mi

actual compañera, y el grupo del Teatro del Fin del Mundo (también llamado Proyecto Transatlántico) indagando en el habla escénica y la palabra como cuerpo me estimula, me vence y me desafía, triunfo una función, soy arrasado otra. Comenzamos con **Madrid/Sarajevo** y luego se abren encuentros con nuevos directores y nuevos mundos.

Escribo siempre y escribo por casualidad. Intento reconciliarme con mi cuerpo, con la respiración, con el ritmo, quiero hacer un musical. No me interesa del teatro más que el filo de navaja ardiente entre la conciencia embriagada del espectador y el aliento envenenado del intérprete. Me enamoro de la palabra intérprete. Si hay dioses, somos sus intérpretes, si no los hay, somos los registros de lo que aún no tiene palabras de las triviales y sólo puede usarlas como sueños, objetos rituales, cosas encontradas en el camino para poder, remotamente, relatar algo que jamás será entendido. Me fascina la limitación de todos los lenguajes.

Me gusta el teatro porque hace ciudades, incendia espíritus, desinhibe en lugar de embrutecer, da poder en lugar de ejercerlo, me dice cada día a qué vine a este mundo. Sin él, durante varios años, me sentía morir. Con él, en él, mejor dicho, puedo ir sintiendo que quizás envejecer sea hermoso. Una cierta serenidad dentro de mi cuerpo me va permitiendo oír un teatro esencial, a veces ruidoso, explosivo, violentísimo, otras musitante, tartamudo. No sé lo que hago. Estoy, siempre, indagando a manotazos en la penumbra del lenguaje con un cuerpo que nació con los días contados, azaroso.

